

## LOS GRANDES PROBLEMAS

## POEMA EN TRES CANTOS

Al ilustre polemista el Sr. D. Salvador López Guijarro.

## CANTO PRIMERO

## EL IDILIO

## I

El cura del Pilar de la Oradada,  
como todo lo da, no tiene nada.  
Para él no hay más grandeza  
que el amor que se tiene á la pobreza.  
Careciendo de pan, con alegría  
lleva paz de alquería en alquería;  
y siendo indiferente  
á la necia ambición de los honores,  
se ocupa de los grandes solamente  
cuando llama sus reinas á las flores.  
Sin fámulo, y vestido de sotana,  
cuida una higuera y toca la campana.  
Su alzacuello es de seda desteñida,  
pardas las medias de algodón que lleva,  
y en todo el magisterio de su vida  
sólo ha estrenado una sotana nueva.  
Da gracias, cuando reza, á un Dios tan bueno  
que cría los rosales y el centeno,  
y llama sus orgías á las cenas  
en que prueba la miel de las colmenas.  
Aunque él está de su pudor seguro,  
ve á una mujer, y como pueda, escapa,  
dispuesto desde joven, por ser puro,  
á hacer el sacrificio de una capa.  
Reparte á las chiquillas  
las almendras que lleva en los bolsillos,  
y les da un golpecito en las mejillas,  
más dulce que una almendra, á los chiquillos.  
Da á los pobres los higos de su higuera,  
que nació, sin plantarla, en dondequiera;  
y si, al vérselos dar uno por uno,  
—¿Qué guardas para ti?—le dice alguno,

responde, puesta en Dios su confianza,  
como Alejandro el Grande:—¡La esperanza!—  
Así, con tanto amor y pudor tanto,  
el cura del Pilar de la Oradada  
es, según viene la ocasión rodada,  
ya eremita, ya cuáquero, ya santo.

## II

Está el pueblo fundado sobre un llano  
más grande que la palma de la mano,  
y á falta de vecinos y vecinas  
circulan por las calles las gallinas.  
Pueblo al cual, aunque corto, en mujerío  
otro ninguno iguala;  
de agua muy buena, si tuviese río;  
de agua de pozo, á la verdad muy mala.  
Pueblo feliz, que olvida el mundo entero;  
que tiene ante la iglesia una plazuela,  
iglesia que es más grande que la escuela,  
y escuela que es más chica que un granero.

## III

En este pueblo, en fin, y ante este cura,  
que no puede beber más que agua pura,  
la divina Teodora,  
de rodillas postrada ante el anciano,  
con un ramo de flores en la mano,  
ramo cogido al despuntar la aurora,  
mostrando, al sonreirse, nacaradas,  
en dos filas iguales,  
todas sus perlas justas y cabales  
en un coral prendidas y engarzadas;  
inventando aquel día,  
por no haberlos sufrido todavía,  
mucho dolor y muchos desengaños,  
antes de hacer su comunión primera,  
confesándose está, como si fuera  
una gran pecadora á los diez años.

## IV

Teodora, que es mujer desde la cuna  
cual todas las mujeres,  
despierta ya, y durmiendo todavía  
á la luz misteriosa de una luna

que hace en su alma de sol en mediodía,  
mira una inmensa flotación de seres,  
sueños de sombra y sombras de unos sueños  
opacos una vez y otras risueños.

Gracia infantil y gracia adolescente,  
de niña y de mujer confusos lados,  
ya ve en el porvenir desde el presente  
el mundo real y el ideal mezclados.  
Sumida en nieblas de color de rosa,  
compuestas de verdad y de otra cosa,  
mira, desvanecida,  
llegar la realidad confusamente,  
y á los diez años, como todas, siente  
su inmersión en las brumas de la vida.

## V

Mirando al confesor con inocencia,  
cual si fuesen sus ojos unas puntas  
que hundiesen del anciano en la conciencia,  
fué haciéndole la niña unas preguntas,  
como ésta, por ejemplo,  
capaz de hacer estremecerse al templo:  
—Vos ¿sabéis lo que es malo, señor cura?  
—Yo, de todo, hija mía, estoy al cabo—  
respondió el sacerdote con premura;  
lo cual no era verdad, mas lo creía,  
porque el breviario con afán leía  
á la luz de un candil colgado á un clavo.

## VI

Y del amor ya viendo lontananzas  
con sus ojos tan llenos de esperanzas,  
con su candor intrépido del todo  
sigue ella preguntando de este modo:  
—El dejarse besar ¿es malo ó bueno?—  
De confusión y de sorpresa lleno,  
se turbó el cura, como el hombre que antes  
de haber cazado un pájaro, lo vende  
y, sin poder cumplir lo prometido,  
se queda, al fin, como el lector comprende,  
el cazador corrido,  
el comprador burlado,  
y el pájaro vendido y no cazado.  
Echó al cielo una olímpica mirada  
buscando la respuesta en las estrellas;  
mas como nada le dijeron ellas,  
el cura del Pilar no dijo nada.

## VII

Con misterio después ella se inclina  
hacia el cura, que le oye fascinado,  
y prosigue:—Me ha dicho mi madrina  
que el que bese á mi primo es un pecado;  
y mi primo ha jurado  
que él me habrá de besar, pese á quien pese,  
pues cree que á mí me gusta que me bese;  
mas como oigo decir que se propasa,  
escapándome de él, toda la casa  
ayer y antes de ayer y todo el año  
corrí desde la cueva hasta el granero;  
siempre quiere él, señor, yo nunca quiero;  
miradme bien, veréis que no os engaño.—  
Y abriendo aquellos ojos tan brillantes  
para enseñarle el alma á aquel levita,  
echa al cura una ojeada inoportuna  
aquella virgen, pero virgen de antes  
que en la primer visita  
el ángel le anunciase cosa alguna,  
y le dejó corrido y colocado  
del rubor en la cúspide suprema,  
de un modo tal, que dijo, colorado:  
—¡Primera confesión, primer problema!—

## VIII

—Acúsome—la niña proseguía—  
que soy inobediente y perezosa.  
Acúsome, además, que el otro día,  
con tristeza soñé que no era hermosa.  
Me gusta más correr que ir á la escuela.  
Sólo en la misa me entretiene el canto;  
y escucho con más gusto una novela  
que el trozo de la vida de algún santo.  
Prometo, obedeciendo á mi madrina,  
huir, si puedo, de él; pero os prevengo  
que, al mirar á mi primo, siempre tengo  
la voluntad de parecer divina.—  
Al ver salir el cura, atropellados,  
con risa de bondad mal reprimida,  
tan enormes pecados  
de aquellos labios de carmín, untados  
con la leche primera de la vida,  
dice á la niña, de indulgencia lleno,  
con singular ternura:  
—No diré que eso es malo, mas no es bueno;

más cordura, hija mía, más cordura.  
 Bien, adelante: vamos, adelante.—  
 Y, por no hablar más claro, el pobre cura  
 jugaba con enigmas al volante;  
 y no queriendo darle con prudencia  
 la más leve lección de adolescencia,  
 muy peligrosa en almas inocentes,  
 sólo después de estas ligeras riñas  
 se atrevió á murmurar, aunque entre dientes:  
 —¡Son el diablo estos ángeles de niñas!—

## IX

Y como todo viejo, y más si es cura,  
 de todo niño es natural abuelo,  
 con más amor que religioso celo,  
 le dijo á aquella hermosa criatura:  
 —Ten calma, estudia, y á tu madre imita,  
 y entrarás sin rodeos en la gloria;  
 reza una Salve, toma agua bendita  
 y cómete esta almendra en mi memoria.—  
 Y después que la niña se confiesa,  
 la mano al señor cura  
 en la actitud de un oficiante besa:  
 se levanta gentil, con la soltura  
 de un querubín que hacia los cielos pesa,  
 y ante el altar, con adorable gracia,  
 entre un corro de gente pecadora  
 se arrodilló Teodora  
 más grave que un alumno en diplomacia.

## X

Después supo el obispo de Orihuela,  
 por cierta confesión de cierta abuela,  
 de puro religiosa, condenada,  
 que, faltando á los cánones sagrados,  
 castiga con almendras los pecados  
 el cura del Pilar de la Oradada.

## CANTO SEGUNDO

## LA EGLOGA

## I

Fué creciendo, creciendo,  
 y pasaron diez años; y Teodora,  
 cuanto en gracia inocente iba perdiendo,  
 lo iba ganando en gracia pensadora.  
 La antigua pecadora,  
 que veinte años cuenta hoy exactamente,  
 tiene pupilas de horizontes llenas;  
 voluptuoso reir en casta frente;  
 y deja ver su cutis transparente  
 cómo corre la sangre por sus venas.  
 Con gusto encantador por lo sencillo,  
 con flores todo el año en sus cabellos,  
 arrollándolos bien, forma con ellos  
 detrás de la cabeza un canastillo.

## II

—Decidme, mi querido señor cura,—  
 decía confesándose Teodora:  
 —¿no es una gran locura  
 que esté tan decidida  
 á que me case ahora  
 la pobre madre á quien debí la vida?  
 ¿No es un gran desatino  
 casar con otro á quien tan sólo piensa  
 en... ya sabéis, mi primo, aquel marino  
 que tiene el alma como el mar, inmensa?—  
 Mientras la escucha atento,  
 —Es muy común—el cura se decía,  
 entre burlas y veras—  
 que todas las muchachas costaneras  
 dediquen de un marino al pensamiento  
 veinticuatro horas largas cada día.

## III

—Mi primo... ya sabéis—siguió Teodora—  
 que vive hoy una vida de pesares  
 en Londres, un lugar donde está ahora,  
 más allá de los montes y los mares.